

AGUIRRE, Mariano, y RAMONET, Ignacio: *Rebeldes, dioses y excluidos. Para comprender el fin del milenio*, Icaria, col. Más Madera, Barcelona, 1998.

Ante el reto de realizar una interpretación de conjunto, con miras a clarificar, en cierta medida, la compleja realidad histórica actual en su pluralidad de factores actuantes, Mariano Aguirre e Ignacio Ramonet proponen la globalización planetaria de la economía como fenómeno humano básico para comprender el tiempo presente en su obra *Rebeldes, dioses y excluidos*. Se trata de desvelar, en los albores del tercer milenio de nuestra era, los entresijos de la segunda revolución capitalista. Acontecimiento que, sobrepasando el marco del Estado definido en su faceta de mercado nacional, incluso con su posterior apéndice colonial, encarna una dinámica superadora de las fronteras en aras de una mundialización económica.

Ambos autores, desde un confesado estilo que intenta combinar el rigor académico con la fluida síntesis periodística, van esbozando un clarividente esquema de los actores, posicionamientos e interacciones diversas que se representan en el tablero de la geopolítica contemporánea. Y siempre, de manera comprometida con la razón crítica, no temerosa de fraguar una «contrainformación», e incluso una «contraideología», alternativa al discurso neoliberal dominante.

Es la reintroducción de los postulados liberales a ultranza a principios de los años ochenta, lo que marca el inicio, en el otrora llamado bloque occidental, del camino hacia una expansión creciente de su teoría económica más radical, que, con la caída de la URSS, se consagró de forma cada vez más indiscutida como pensamiento único y sin rival en el campo ideológico.

Esta *ideología de la «no-ideología»* sirve de baluarte teórico a las fuerzas del capital y de la innovación tecnológica (empresas y conglomerados, grupos industriales y financieros privados ubicados en la tríada que forman Estados Unidos, Europa y el Sudeste asiático liderado por Japón), es decir, a los verdaderos impulsores del cambio histórico. Mientras, las fuerzas sociales (movimientos ciudadanos, partidos y organizaciones sindicales de distinta raíz de pensamiento) se resisten a esta evolución, en defensa de la esfera de lo público, de la participación cívica y de una serie de adquisiciones de épocas precedentes que vinieron a construir en los países occidentales y democráticos más avanzados el denominado Estado del bienestar, máxima expresión de un proyecto de igualdad fundado en el objetivo de la cohesión social. Fuera de este marco todavía quedan los

excluidos, las víctimas de la mundialización (habitantes del denominado Tercer Mundo, desempleados y marginados de las áreas urbanas del opulento Norte), así como aquéllos que lindan al margen mismo de la corriente de internacionalización de la economía, a saber, sectores primarios en vías de extinción.

El liberalismo no propone ningún proyecto de nivelación nacional ni planetaria, tan sólo la conquista de nuevos mercados para aumento de las riquezas individuales, o lo que es lo mismo, una mercantilización generalizada del mundo. Así es como esta consigna de conquista mercantil conduce a la destrucción de sectores industriales no competitivos, al saqueo indiscriminado del medio ambiente, a una criminalidad financiera imbricada en los medios de negocios y en los grandes bancos, y, por último, a un agravamiento inevitable de las desigualdades (paro masivo, subempleo, precariedad, exclusión), aún más notable por la falta de un Estado corrector de los desequilibrios del libre juego de la oferta y la demanda. En efecto, el parecer manifestado en el libro pudiera confirmarse con la reciente crisis padecida por el Sudeste asiático durante el bienio 1997-1998: sembró la desconfianza en el modelo de crecimiento económico continuo, mostró la facilidad con que las masivas y desbocadas fluctuaciones financieras pueden romper el equilibrio del comercio dentro del sistema de economía mundial y provocar graves crisis que, más allá de lo económico, afectan a la vida social y política. Y, además, evidenció, en el contexto de unos regímenes en su mayoría autoritarios y represores, el fracaso de un Estado cada vez más subordinado al poder difuso y autónomo de los actores económicos, el cual, al carecer de un aparato de protección social o privatizar amplios sectores anteriormente controlados por él, llega al punto de renunciar a ámbitos estratégicos y fundamentales para la garantía y efectividad de los derechos humanos, imposibilitando de tal modo su universalidad y accesibilidad.

A esto, en el terreno estricto de la política practicada en el Estado democrático de derecho, cabría añadir, en boca de Aguirre y Ramonet, la crisis de la representación política heredada de los siglos XVIII y XIX, en concomitancia con el descrédito del ejercicio de la política de partidos teñida de profesionalidad, cinismo hipócrita y corrupción. Lo que, sumado a una concepción reduccionista de la vida política como simple gestión sin horizonte ético, deja el campo abonado para la desvinculación y el abstencionismo en la participación ciudadana respecto a las instituciones oficiales y la gestación de nuevos modos de compromiso social tales como las ONGs. Entidades estas que, a pesar de no constituir un modelo alternativo al Estado, ostentan cualidades a fomentar en la acción política: proyección y trabajo internacionales, planteamiento de problemas en interconexión Norte-Sur y financiación más o menos diáfana.

Todas estas pinceladas conducen a retratar en la obra una aldea global sin rumbo. A afirmar que no existe actualmente ningún proyecto razonable a largo plazo, ningún proyecto final. Ya que, a pesar de la hipótesis del fin de la historia aventurada por Francis Fukuyama, el propio liberalismo sustenta un proyecto fallido en la medida en que no cubre las necesidades de toda la humanidad, es decir, no posee la virtud moral de la universalidad. Y, asimismo, destila en base a su intrínseca naturaleza individualista unos modelos sociales de éxito imbuidos de darwinismo. Ello conlleva la inoculación en medio de la sociedad de inquietantes sentimientos de irritación, incertidum-

bre, miedo al futuro y desamparo, lo que desemboca en las circunstancias presentes en un panorama cultural esbozado por los autores mediante tres notas : una regresión intelectual debida al ascenso del irracionalismo, así como a la vulgarización y uniformización de los contenidos culturales en pro de los intereses comerciales; un relativismo cultural que, bajo la coartada de defender la multiplicidad de culturas, atomiza los valores y, por ello, socava la idea de unos derechos humanos universalmente válidos, amenazando incluso a aquéllos ya reconocidos e instituidos; y, por último, una búsqueda de identidad nacida del desarraigo general que motiva una cierta crisis conceptual e intelectual.

Esta indagación en las raíces originarias de la persona da un nuevo valor a las ideas de tradición histórica y comunidad de pertenencia, no recalçadas con suficiente atención en el libro, en el que, por el contrario, sí se destaca la dimensión meramente sociológica del protagonismo que cobra tanto la religión en su vertiente de futuro proyecto político-social contra la miseria (Teología de la Liberación católica, islamismo moderado) como las reivindicaciones culturales y étnicas con pretensiones cívicas de reconstrucción o dignificación de identidades nacionales, regionales o de comunidades de menor entidad. No dejando de olvidar los extremos en que este fenómeno incurre: proliferación de sectas y resurgimiento de cierta superchería oscurantista, nacionalismos excluyentes, puesta en cuestión del concepto clásico de ciudadanía mediante la creación de diversas categorías de ciudadanos poseedores de más o menos derechos,... Ni tampoco la aparición con fuerza de nuevos centros de identificación. Caso, por una parte, del llamado por Ignacio Ramonet «neohumanismo político», propio de iniciativas como el EZLN o el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil. O, por otra, de la utopía tecnológica representada de forma simbólica en la figura de Internet, la cual, en el fondo, no consiste más que en un positivismo darwinista aprovechado por el liberalismo para asentar una de sus máximas: modernización igual a adaptación.

He aquí que, en relación a la interpenetración entre la globalización capitalista y la revolución científica y tecnológica (comunicaciones, genética,...) asociada a sus consecuencias arriba expuestas, se descubre la clave de bóveda, detectada por los autores de la obra pero no desarrollada con la necesaria amplitud, que ilumina nuestro final de milenio: el chantaje de la modernidad o, mejor, la gran traición a la modernidad. El economicismo utilitarista moderno devorando, como si de un Saturno se tratase, los principios de justicia y de verdad impulsores de la Ilustración. ¿Qué puede hacer la izquierda cuando el progreso material no trae consigo el progreso moral, cuando la ética humanista es rota en mil pedazos a la hora de informar la construcción del futuro social? Además de estas preguntas, también sería positivo, en la hora presente en la que nos hallamos inmersos en una verdadera crisis de la civilización occidental (hecho anunciado por una extensa literatura a lo largo del siglo xx), el interrogarnos no sólo sobre los errores o desengaños sufridos por nuestra herencia cultural más reciente, sino por añadidura sobre sus carencias más elocuentes. ¿Es adecuada la feliz reintegración postmoderna de las dimensiones del corazón y la transcendencia como elemento inalienable del ser humano bajo el falaz disfraz del emotivismo sentimental, después de su deportación extramuros de la realidad? ¿Cabe una lectura de las nociones de tradiciones históricas y de comunidad humana compatible con la autonomía de la voluntad y, por tanto, con posi-

bilidad de rehuir un comunitarismo reaccionario? Parece ser, pues, que comprender estos tiempos de frenéticos cambios en que vivimos, nos impele a observar y reflexionar, amparados en una crítica sagaz, con miras a una acción aún no esbozada, pero requerida con urgencia por el devenir de los ciclos históricos. Nos impulsa a asumir el papel de rebeldes contra los dioses idolátricos a favor de los excluidos del paraíso, en definitiva, nos empuja a rehacer un nuevo humanismo.

Joan-Alfred MARTÍNEZ